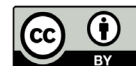


ESQUIZOANÁLISIS DEL DESEO Y LITERATURA FANTÁSTICA

JOANA VIDEIRA ÁLVAREZ
Universitat de Barcelona
jvideira.alvarez@gmail.com

Recibido: 19-06-2014
Aceptado: 06-04-2015



RESUMEN

La literatura fantástica ha sido analizada como un género literario en el que se hacen visibles las fisuras de la razón, como el reverso trascendente de la realidad, lugar oculto al que el sujeto puede acceder. Sin embargo, siguiendo la propuesta del esquizoanálisis propuesta por Gilles Deleuze y Félix Guattari, podemos leer lo fantástico como el lugar de la liberación delirante del deseo, donde la palabra deviene acción. Nos centraremos especialmente en los cuentos «Lejana» y «Axolotl» de Julio Cortázar y en la novela *O homem duplicado* de José Saramago. En estas obras fantásticas, que abordan el tema del doble, el devenir-otro deleuziano se refigura en el texto a través de unas subjetividades que buscan en la alteridad la salida de su propia cárcel identitaria.

PALABRAS CLAVE: fantástico, esquizoanálisis, deseo, doble, devenir-otro.

ABSTRACT

Fantastic literature has been analysed as a literary genre in which the fissures of reason become visible. It has often been interpreted as a transcendental reversal of reality, a hidden place which the subject can access. However, following the proposal of schizoanalysis given by Gilles Deleuze and Felix Guattari, we can read the fantastic as the place of delirious liberation of desire, where word becomes action. We focus particularly on the short stories «Lejana» and «Axolotl» by Julio Cortázar and the novel *O homem duplicado* of José Saramago. In these works that deal with the theme of the double, the deleuzian becoming-other is represented in the text by some subjectivities that seek in otherness the exit of their own identity jail.

KEYWORDS: fantastic genre, schizoanalysis, desire, double, becoming-other.



A la literatura fantástica le pertenece, sin duda, el motivo de la distorsión o desviación de lo real. Quizás por ello, ha sido leída como la producción literaria relacionada con lo no lógico, lo no natural, tematización del supra o del infra mundo, como la «categoría negativa» de la objetividad (Nandorfy, 1991: 243). Partiendo de esta visión de lo fantástico como trasunto de la razón hegemónica, parte de la crítica ha propuesto una lectura del género como subversión del orden dominante, como ruptura y amenaza a la realidad ilusoria del sujeto en la modernidad. Según David Roas, «El relato fantástico pone al lector frente a lo sobrenatural, pero no como evasión, sino, muy al contrario, para interrogarlo y hacerle perder la seguridad frente al mundo real» (2001: 8).

Ahora bien, es cierto que la puesta en abismo del sujeto moderno –o posmoderno– ha sido uno de los grandes acometidos de la literatura y del pensamiento y, en ese sentido, puede bien ser que la literatura fantástica constituya uno de los representantes estéticos más fieles a estas inquietudes. La ruptura del modelo unitario de la subjetividad ha devenido uno de los temas nucleares de un sujeto que es ya incapaz de creer en la razón hegemónica que fue en su día la ilusión del humanismo ilustrado. El sujeto hoy presente –si es que no está ya del todo seguro– que las condiciones de su subjetividad ya no se pueden amparar en aquel ideal absoluto del cogito ergo sum: sujeto estable y sin fisuras. Ante el vaciamiento de los referentes estables, la retirada de la significación absoluta y la ausencia de una interpretación unívoca, lo fantástico parece surgir como la literaturización de las nuevas condiciones ontológicas del sujeto posmoderno. En el universo sin fuga y sin concesiones de la razón totalizadora, la literatura fantástica emerge como un espacio posible de liberación y un lugar donde se desfiguran las dimensiones resistentemente cartesianas de lo real.

Sin embargo, la línea que separa el desmantelamiento del sujeto estable y la reivindicación de su autonomía ha sido a menudo difuminada, en favor de una lectura que interpreta lo fantástico moderno como herramienta de subversión de lo real y de sus fuerzas de dominación. Así, por ejemplo, para Rosie Jackson:

Lo fantástico moderno, la forma de fantasía literaria que se genera en la cultura secularizada producida por el capitalismo, es una literatura subversiva. Existe junto a lo «real», en cualquiera de las caras del eje cultural dominante, como una presencia enmudecida, un otro imaginario y silenciado. Desde un punto de vista estructural y semántico, lo fantástico aspira a la disolución de un orden que se siente como opresivo e insuficiente. (Jackson, 1981: 151)

Según esta lectura, lo fantástico sería el lugar en el cual se revelaría lo reprimido por la cultura dominante, además del mecanismo capaz de hacer que se impregnen en lo social los flujos subversivos reclusos en sus márgenes. Para Jackson, ha sido precisamente por su capacidad desmitificadora del orden por lo que el género fantástico habría sido secuestrado por el poder y relegado a la periferia del sistema literario.¹ Sin embargo, debemos preguntarnos: ¿es realmente acertada la afirmación de Jackson de que lo fantástico ha sido enmudecido y relegado a la periferia del sistema cultural dominante? ¿Lo fantástico no es hoy una de las formas literarias más abundantes en nuestras estanterías, en las librerías, en las adaptaciones cinematográficas? Y, por otra parte, ¿podemos afirmar, con la seguridad que lo hace Jackson, que la mera expresión de lo reprimido es en sí un acto subversivo?

Profundamente influenciada por Hélène Cixous (las referencias en su artículo empiezan en el epígrafe, recogen el texto y lo cierran en la última frase), Jackson lee lo fantástico como el lugar en el que el orden dominante es trascendido y transgredido para reflejar las inquietudes ontológicas del sujeto de la modernidad. Sin embargo, su lectura de lo fantástico no supone tanto una verdadera transgresión como una inversión, es decir, lo fantástico para Jackson no es un medio de emancipación, sino un mecanismo que revelaría una topografía oculta: el reverso de lo real. El movimiento que anuncia la interpretación de Jackson se asemeja aún a aquella inversión platónica a través de la cual el sujeto puede acceder (ascender o descender) a un nuevo orden. Además, la idea que la realidad incluye dentro de sí –en su reverso, camuflada o enmudecida– otra realidad más genuina y libre, peca del mismo esencialismo que venía a denunciar. Suponer que la liberación del sujeto que favorece lo fantástico se basa en una simple inversión del orden de lo real (similar a la ascensión freudiana de lo reprimido) es precisamente el movimiento idea-

1 «El arte fantástico –es algo que no debe sorprendernos– ha sido enmudecido por una tradición de crítica literaria implicada en el apoyo de los ideales establecidos, antes que en la subversión de los mismos. [...] La expulsión de lo fantástico a los márgenes de la cultura literaria es en sí mismo un gesto ideológico significativo, no muy distinto del silenciamiento de lo irracional por parte de la cultura» (Jackson, 1981: 142).

lista y platónico que llevó, en primera instancia, al sujeto a su reclusión en el orden de la razón dominante.

Paralelamente, otra línea crítica propone una lectura contraria: que lo fantástico ha sido utilizado por el discurso dominante como receptáculo controlado de las ansiedades sociales, es decir, como forma de control y no como liberación del sujeto. En este sentido, Irène Bessière declara, a propósito de la función social de lo fantástico, que

La obsesión del mito o de lo simbólico no es más que la expresión de una oscura exigencia de orden permanente [...] lo insólito expone la debilidad del individuo autónomo y el reencuentro de un maestro legítimo. [...] Cuando esta ideología crea la falta, ya no permite imponer una lectura de lo real; y produce entonces unas obras que, utilizando de forma manifiesta lo irreal y el símbolo, la sitúan alrededor de lo real y, por eso mismo, la preservan y le otorgan un poder de expresión. (Bessière, 1974: 100-101)

Para Bessière lo fantástico conlleva el peligro de construirse como un mecanismo de sujeción a través del terror y lo insólito. La ausencia de normas y la presentación del caos ante el evento fantástico pueden ser fácilmente remitidas a un mandato del orden de lo real, pues el fantástico, no lo olvidemos, siempre se ubica en lo real normativizado, para desde allí infundir el caos.²

Ahora bien, afirmar la capacidad de emancipación o de sujeción al poder del enunciado literario obliga, necesariamente, a una reflexión previa sobre el concepto de lo real, una vez que anclamos nuestra lectura en la forma en la que el texto se relaciona con ese real. Específicamente en el caso del género fantástico se hacen obligatorias unas aclaraciones previas, una vez que es un género que se construye, precisamente, en el umbral de lo real y su subversión, entre la mimesis y la fantasía, entre lo normal aceptado y lo anormal desviante (Barrenechea, 1985: 45-56). De este modo, se hace fundamental comprender de qué forma el texto se relaciona con ese real extratextual, «pues no pueden escribirse cuentos fantásticos sin contar con un marco de referencia que delimite qué es lo que ocurre o no ocurre en una situación histórico-social» (Barrenechea, 1985: 45). Habrá que señalar que Barrenechea no se refiere

2 También el crítico José B. Monleón demostró como lo fantástico en el siglo XIX funcionó como un mecanismo de regulación del deseo, y de qué forma ayudó a moldear la consciencia social para servir a los intereses del mantenimiento del orden burgués contra su gran temor: la consciencia de clase que anunciaba el marxismo. «Marx and Engels endowed unreason, as far as it implied a negation of bourgeois order, with a definite political name; they assigned to those specters which populated the imagination a concrete space and time. The phantom was *hic et nunc*, in contemporary times and within the geographic boundaries of the “advanced” European societies». (Monleón, 1990: 60)

en lo anterior a lo real como categoría psicoanalítica u ontológica, sino explícitamente a las condiciones socioculturales de una determinada época. Es importante señalar esta cuestión una vez que la categoría de lo real, lejos de ser un elemento estable, es, como avisa Edelweis Serra, una topografía inabarcable: «La realidad, toda la realidad, postula todos los reales posibles, aun lo racionalmente imposible; acoge todo en su seno, los objetos empíricos e ideales, incluso los desconocidos; recubre en fin la totalidad de los entes en todos los órdenes» (1978: 106). Este carácter onmiabarcante de lo real, categoría intrínseca a la constitución del sujeto como tal y noción indiscernible a la subjetividad, convierte todo intento de reflexión en un problema de carácter ontológico.

Por todo lo anterior, no podemos dejar de leer muy críticamente la visión de Jackson, cuando pretende leer lo fantástico como mera subversión de lo real. Una lectura así de lo real en lo fantástico no deja de partir del presupuesto de que eso a que hemos dado en llamar realidad es un constructo estable y llano, capaz de ser revertido o dejado al descubierto en el enunciado literario. Además, presupone una total autonomía entre lo real, el sujeto y la ideología, en vez de asumir la profunda e intrincada red que los une.

Precisamente lo que denuncian autores como Deleuze y Guattari es que la noción de realidad, lejos de ser una topografía estable que el sujeto simplemente ocupa, es una entidad compleja y cambiante. Lo real no es simplemente un recipiente habitado por el sujeto, sino una entidad compleja que surge de los esquemas cognitivos, psicológicos, socio-históricos, individuales y colectivos de ese sujeto. Desde esta perspectiva, lo real se convierte en un lugar de intersticios y puntos ciegos, de fuerzas de dominación y de liberación, que constituye al sujeto a la vez que lo sujeta y aprisiona, toda crítica debe necesariamente partir de esta premisa. Como afirma José Luis Pardo, a propósito del pensamiento deleuziano: «Trabajar en la teoría de lo que hacemos es, ante todo, comenzar por la teoría de lo que nos hace, aquellos principios [...] según los cuales el espíritu, que no es de entrada sino esa misma colección de impresiones dispersas que denominamos “lo dado”, deviene sujeto, queda sujetado» (1999: 26). Si lo real es el único espacio donde se deviene sujeto, si no hay subjetividad que no esté anclada en él, se invalida toda posibilidad de regreso a una subjetividad originaria, previa a ese real. La realidad que nos explica Deleuze no admite un binomismo sencillo entre verdad y apariencia, sino que exige que toda forma de subversión parta, por un lado, del presupuesto de que el sujeto es siempre una entidad sujeta a lo real y, por el otro, que lo real se constituye en una serie de fuerzas ideológicas.

Ahora bien, estas relaciones entre real, sujeto e ideología se hacen particularmente explícitas en las producciones fantásticas recientes. A medida que el sujeto va ganando consciencia de su subjetividad fracturada, lo fantástico se aleja de las formulaciones clásicas del terror, del monstruo o de lo fantasmal, para plasmar las fisuras de la subjetividad moderna en sus tambaleos ontológicos y donde lo real surge como un ente ominoso más, capaz de generar angustia o incertidumbre. También para Jaime Alazraki, las nuevas formulaciones de lo fantástico no «producen miedo o terror [sino] una perplejidad o inquietud [...] por lo insólito de las situaciones narradas [...]». Son, en su mayor parte, metáforas que buscan expresar atisbos, entrevisiones o intersticios de sinrazón» (Alazraki, 1990: 277). En efecto, una vez que el género fantástico se nutre de la existencia histórica, social y psíquica del sujeto, sus variaciones modernas—o posmodernas—incorporan un nuevo tipo de inquietudes que dependen enteramente de la condición ontológica del sujeto contemporáneo para ser comprendidas.

A diferencia del género maravilloso, que recurre a hechos imposibles ubicándolos en un territorio indeterminado (o, en todo caso, uno con unas normas distintas de las que rigen nuestra realidad) lo fantástico se instala en lo real para, a partir de ahí, verificar las consecuencias de un desvío. Si el primero sitúa los acontecimientos en un orden inventado que tiende a la universalidad de la moral, ya el segundo los ubica en una realidad verosímil, pero desfalcada por algún lado por un acontecimiento único. Sobre esta diferencia, Irène Bessière propone una distinción entre lo maravilloso y lo fantástico sostenida, precisamente, en el carácter universal moral de lo maravilloso y el singular «jurídico» de lo fantástico (1974: 90).

A continuación Bessière advierte que «un estudio o una definición de lo fantástico no deben inicialmente privilegiar el examen de la condición del sujeto» (1974: 89). Sin embargo, la contradicción entre el carácter singular de lo fantástico y su irreductibilidad a lo subjetivo es solo aparente, una vez que el carácter ominoso de lo fantástico no reside en el yo (el sujeto del acontecimiento) sino en la singularidad del orden del mundo. Lo fantástico representa la excepción (jurídica, en el sentido que se relaciona directamente con la ley y sus irregularidades) que cuestiona lo real al producir una fractura en su seno. Es por ello que Bessière puede afirmar que, mientras lo maravilloso «coopera con la función de lo real» (1974: 91), lo fantástico se «interroga sobre el acontecimiento» (1974: 93) produciendo una fractura en lo real. Lo fantástico ya no es aquí la representación de una realidad oculta, sino una inmersión en lo real y una investigación de sus fracturas. Como afirma Nandorfy, lo fantástico,

más que un gesto subversivo es un «potencial; un potencial susceptible de actualización en la experiencia y en la expresión» (1991: 259). Este potencial de la obra fantástica remite específicamente al ensanchamiento de la noción de realidad y de mimesis y a una apertura que deja entrever topologías que se escapan a la representación determinada por nuestras capacidades epistemológicas. En última instancia, lo fantástico abre la posibilidad de reconocer que una diferencia se ubica en el seno de nuestro sistema representativo, diferencia que lo hace dispar, que complica el pensamiento sobre el lugar del sujeto y que imposibilita todo análisis binomial del tipo que propone Jackson.

Ante el derrumbamiento de las certezas metafísicas, la consciencia del poder onmiabarcante y el fin de la posibilidad de una verdadera autonomía del sujeto, el pensamiento tuvo que hacer frente a su propia precariedad, a la vez que el sujeto se aislaba dentro de su irreductible inmanencia. Una vez asumida la radical inmanencia del pensamiento, que rechaza ceder a cualquier alivio idealista, el hombre se ve abocado a su singularidad absoluta, a la conciencia de que su vida es un signo único, sin contenido e imposible de expresar bajo una totalidad de sentido. Si la realidad y el sujeto son entidades irreductiblemente singulares (intransferibles a otra subjetividad) la definición de lo fantástico como aquello que se opone a una realidad estable se desvanece ante la autorreferencialidad ineludible de la misma noción de real o realidad. Por ello debemos afirmar, con Bessière, que es necesario abandonar los análisis subjetivos de lo fantástico para centrarnos en lo que de colectivo el género es capaz de expresar, reivindicando su anclaje en lo real.

Pues bien, el ensanchamiento de la realidad y la perversión del concepto de *mimesis* que posibilita lo fantástico, nos abre paso a considerar aquí las teorías de dos de los grandes pensadores de la categoría del sinsentido como liberación del deseo: Gilles Deleuze y Félix Guattari. En el marco de su teoría sobre la micropolítica del deseo como multiplicación revolucionaria del deseo contra los aparatos de Estado, la pareja de *Anti-Edipo* (1972) propuso la noción de «esquizoanálisis» como método de investigación de los dispositivos de enunciación y su relación con la construcción de las estructuras subjetivas. En última instancia el esquizoanálisis sería un aprendizaje de la producción subjetiva rizomática, múltiple, esquizofrénica y sin constricciones racionales, que acabaría minando los mandatos racionales de la normativización moderna. Más que una analítica de diván, el esquizoanálisis se construye transversalmente, multidisciplinariamente y revolucionariamente, para comprender los procesos y los enunciados, singulares o colectivos, a la vez que propone nuevos métodos de lectura que sean capaces de configurar nuevos tipos de subje-

tividades. En realidad, su propuesta es una red conceptual potencialmente infinita, rizomática, cuya última función y más alto propósito sería la construcción de una verdadera máquina de guerra capaz de erradicar las constricciones del poder.

La dificultad que entraña para el crítico el manejo del esquizoanálisis es que este no es tanto una teoría como una praxis, un procedimiento, creación permanente y renovable de líneas de fuga para la subjetividad capaces de abrir brechas en lo real normativo. En palabras del crítico José Luis Pardo:

El esquizoanálisis es análisis de las fugas, de las líneas de fuga del inconsciente. El inconsciente es el cuerpo-sin-órganos de la sociedad y de la historia, y no solamente de los individuos o de los grupos. Como tal, tiene que desentrañar teóricamente las instancias con las que la producción social encubre su organización de la producción libidinal y la falsa imagen que en ese encubrimiento se suscita del deseo» (Pardo, 1990: 181).

A través del esquizoanálisis sería posible detectar mecanismos para lograr una subjetividad no coaccionada, cuyo deseo fuera capaz de circular libremente por lo social, construyéndose en la interacción y la multiplicidad despersonalizada.³

Partiendo de vínculos innegables con el psicoanálisis, pero rechazando algunos de sus presupuestos más fundamentales (triangulación edípica, castración, o neurosis) Deleuze y Guattari proponen una práctica que sea capaz, por un lado, de reformular el estudio de lo subjetivo, y por el otro, de refundar el sujeto y lo social. El esquizoanálisis se propone liberar la subjetividad de las grandes coerciones de la identidad: del cuerpo como organismo, del deseo como ausencia platónica, o de la triangulación edípica como reclusión del deseo en la novela familiar. Deleuze y Guattari reclaman la esquizofrenia, no como entidad clínica en su sentido clásico, sino como «posibilidad del pensamiento cuando funciona al margen de los postulados del sentido común» (Pardo, 1990: 182).

Así pues, la reivindicación de la esquizofrenia es el núcleo de la llamada a la desorganización de lo social estructurado como máquina represora. En ella residen las posibilidades de hacer estallar verdaderamente lo social opresor: «la fuga esquizofrénica no consiste tan sólo en alejarse de lo social, en vi-

3 «La tarea del esquizoanálisis consiste en deshacer incansablemente los yos y sus presupuestos, en liberar las singularidades prepersonales que encierran y reprimen, en hacer correr los flujos que serían capaces de emitir, en recibir o interceptar, en establecer siempre más lejos y más hábilmente las esquizias y los cortes muy por debajo de las condiciones de identidad, en montar las máquinas deseantes que recortan a cada uno y lo agrupan con otros» (Deleuze y Guattari, 1972: 372).

vir al margen: hace huir lo social por la multiplicidad de agujeros que lo atraviesan y lo roen, siempre apresándolo, disponiendo por todas partes las cargas moleculares que harán estallar lo que debe estallar, caer lo que debe caer, huir lo que debe huir, asegurando en cada unto la conversión de la esquizofrenia como proceso en fuerza efectivamente revolucionaria» (Deleuze y Guattari, 1972: 351).

Ahora bien, este deseo revolucionario, capaz de cargar lo social con su potencia, no pretende ser el simple derrumbamiento de una realidad falsa, velo que se destapa para revelar una esencia o una existencia más auténtica o verdadera, pues lo social «no es más que una forma determinada de organización del deseo» (Pardo, 1990: 125). Si la estructura social es deseo mismo, la máquina revolucionaria deberá dar libertad a ese deseo, pues todo cuestionamiento de la dominación, toda posibilidad de revolución, parte necesariamente del potencial de desear. Lejos de una mera inversión, la reivindicación del deseo sin restricciones quiere ser, ante todo, una llamada revolucionaria a la destrucción de los aparatos represores y una apología a la producción de líneas de fuga para un deseo capaz de actuar por sí mismo y ya no en la conformidad dócil con el poder. Deleuze y Guattari no prometen un mundo mejor, sino un sujeto más acorde consigo mismo, capaz de desear libremente. Por eso mismo, el suyo es también un programa arriesgado, puesto que no presta ninguna garantía de que este sujeto, una vez liberado, sea capaz de construir un lugar mejor, sino solo que ese lugar será el que quiso y no uno impuesto.

Si seguimos la propuesta esquizoanalítica para leer lo fantástico debemos considerar que aquellas lecturas del género como representación de una existencia opuesta a la realidad –su reverso oculto– pecan de un binominalismo que es, al fin y al cabo, una coerción hacia un determinado tipo de cambio: desvelar la cara oculta de lo real. La noción misma de representación de lo real en lo fantástico (como mimesis y su subversión) proviene de un tipo de análisis que se inscribe en la manifestación de una ideología cegadora. Sin embargo, lo que propone el esquema esquizoanalítico no es la detección de la ideología para una liberación del orden social. Lo único que pretende el esquizoanálisis es dar paso a la existencia del sujeto como diferencia, como herida fragmentada de la subjetividad y de la totalidad (Deleuze y Guattari, 1972: 306-332). Para plasmar esas fisuras del sujeto y su real, habrá que rechazar toda representación en tanto «imagen del pensamiento y del ser (precisamente aquella que nace del olvido de la diferencia)» (Pardo, 1990: 183). La subjetividad no tiene en el enunciado –cualquiera, también en el literario– la fórmula de su falta de libertad. La libertad misma es un concepto obsoleto

ante una subjetividad que ya no es dueña de sí misma y la representación, al ser sinónimo de concepto (Pardo, 1990: 58), es siempre la disolución de las diferencias en una unidad de sentido. Tras las exigencias de libertad bajo el dominio de la representación solo hay más dominio. Por ello, la lectura esquizoanalítica no es una gesta de emancipación, sino solo una lectura de los enunciados en clave de fuga. Demasiado le ha traído ya al sujeto sus ansias de libertad, individualismo y subjetividad centrada. Habrá que reaprender a desear para que la subjetividad sea lo que es, sin mandatos ni órdenes; habrá que hacer el duelo de la representación, olvidar la emancipación, abandonar para siempre el humanismo y simplemente desear excesivamente.

En el deseo esquizofrénico Deleuze y Guattari descubren el único motor verdaderamente desubjetivado que el sujeto es capaz de producir. Del mismo modo, será esquizofrénico todo enunciado capaz de potenciar ese paroxismo de la libido, de generar líneas de fuga imprevistas, en el exceso del lenguaje, en la desproporción del texto delirante, en la diferencia y la multiplicidad. Entonces, el deseo deviene fuerza destructora de las formas de represión y rechazo de una subjetividad neurótica normativizada. Esta libido liberada es el verdadero agente capaz de transformar la estructura social desde dentro.⁴ Si el texto puede ser la violencia del deseo, si es el lenguaje mismo el que da las claves para la liberación de la potencia del deseo, no es desatinado pensar que en la literatura fantástica (en tanto género que, partiendo y necesitando lo real, se infiltra en él para allí diseminar la sinrazón) el esquizoanálisis encuentre uno de sus interlocutores estéticos.

Ahora bien, un análisis de lo fantástico desde los presupuestos del esquizoanálisis debe partir de dos premisas: la primera, que lo real no es un constructo falso orquestado por el poder, sino un mundo donde el deseo ha sido secuestrado por los aparatos de represión que lo mantienen encerrado en el ámbito familiar (Deleuze y Guattari, 1972: 283-292); segunda, que la construcción de una nueva subjetividad será siempre una producción constante e inacabada, jamás un concepto o una estructura cerrada que aguarda en algún sitio su liberación (Deleuze y Guattari, 1972: 23-29). Precisamente, esta concepción de la subjetividad marca una de las grandes rupturas del esquizoanálisis con el psicoanálisis. Para los autores de *Anti-Edipo* es inaceptable la idea

4 «Lo que tiene de amable para la historia objetiva, es estancia desabrida en el sujeto del deseo; y al revés: lo que tiene de adecuado al movimiento del sujeto parece ser hostil a la construcción del orden social. Lo que en un estado es por el texto fundador del goce, en el otro es base de incivilidad y encierro. Aquello del texto que en el campo del sujeto es afirmación del deseo, es en el coto de la historia social discordancia y zozobra» (Llovet, 1978: 11).

de una clínica psicoanalítica basada en la búsqueda y disolución de los esquemas represivos y neuróticos del sujeto como curación de un inconsciente desajustado. Muy al contrario, para el esquizoanálisis, se trata de potenciar el deseo individual y absolutamente autorreferencial, incapaz de contener en sí cualquier esquema de representación, familiar-neurótico, o social-normativo.

Es cierto que Todorov había augurado el final del fantástico con el advenimiento del psicoanálisis (1970: 190). El crítico argüía que toda posibilidad subversiva del género (cuya función Todorov encierra en su posibilidad de representar las represiones del sujeto) ya no tendría cabida en un mundo ocupado por el psicoanálisis. Sin embargo, Todorov pensaba en el psicoanálisis freudiano: de tipo personal, con una clínica del diván encerrada en el consultorio⁵ y con la censura de tipo mítico o arquetípico (el padre, la madre, la castración, etc.).⁶ Quizás sea cierto que, desde una concepción freudiana del psicoanálisis, la literatura fantástica pierde su función de plasmar las ansiedades del sujeto o de liberar sus tabúes, ambos trasladados hoy al consultorio o a la pancarta publicitaria. Sin embargo, precisamente aquello que Deleuze y Guattari rechazaron del psicoanálisis fue también esta intención liberadora de las represiones del sujeto neurótico, en favor de un modelo de análisis no restrictivo y de una concepción del inconsciente como sistema maquínico. Su demanda de un deseo no recluso, de una libido que es una producción capaz de cargar y construir lo social, es ya la superación del análisis personalista y neurótico del psicoanálisis. La propuesta del esquizoanálisis trabaja para una subjetividad dispersa, liberada de la novela familiar, que dispara su deseo en todos los ámbitos de lo real, capaz de crear una «micropolítica del deseo» (Guattari, 1973): máquina de combate que escapa a de las formulaciones de la subjetividad unificada y racional. En esta condición dispersa, el sujeto ya no es una entidad estable, mismidad plena y sin fracturas, sino que se disemina constantemente en la posibilidad de devenir-otro, de constituirse más allá de sí mismo. El sujeto que propone el esquizoanálisis es una subjetividad mutable, que necesita el otro como objeto donde cargar su propio deseo; deseo que, a su vez, está en constante renovación y movimiento en la multiplicidad que lo constituye. Así pues, solo en el otro, fuera de sí mismo, es posible socavar

5 «El paseo del esquizofrénico es un modelo mejor que el neurótico acostado en el diván. Un poco de aire libre, una relación con el exterior» (Deleuze y Guattari, 1972: 111).

6 «Es por esta razón por la que sobre este problema debemos plantear la pregunta más general: ¿el registro del deseo pasa por los términos edípicos? Las disyunciones son la forma de la genealogía deseante; pero, ¿esta genealogía es edípica, se inscribe en el triángulo de Edipo? ¿Es Edipo una exigencia o una consecuencia de la reproducción social, en tanto que esta última se propone domesticar una materia y una forma genealógicas que se escapan por todos los lados?» (Deleuze y Guattari. 1972: 22).

la ilusión de la identidad estable y todopoderosa, en favor de una identidad original, rizomática y más libre.

POSIBILIDADES ESQUIZOANALÍTICAS: EL DOBLE EN CORTÁZAR Y SARAMAGO

Nuestra propuesta parte de la convicción de que lo fantástico, especialmente en sus formulaciones recientes, puede ser el correlato literario del sujeto que Deleuze y Guattari plantean desde la filosofía. El sujeto del esquizoanálisis es un ser que, una vez confrontado con su vacío ontológico, necesita buscar en el otro la construcción de su ser abocado a la nada.⁷ De modo parecido, la literatura fantástica contemporánea dibuja a menudo una subjetividad que opera en un umbral en el que la oposición binaria yo versus otro pierde su sentido, en pro de una realidad cuyos límites se difuminan. En este sentido, las narraciones fantásticas sobre el doble devienen la plasmación literaria por excelencia del devenir-otro y de la desaparición de la identidad unificada que propone el esquizoanálisis. En la multiplicación del doble –ocupación, disociación o unión con otro– se forjan nuevas posibilidades de subjetividad que rompen con el esquema unificado del sujeto. El tema del doble, leído como materialización del devenir-otro, se convierte en un punto intersticial y en una posibilidad de fuga: entre el delirio y lo real, entre la subjetividad y la otredad. En definitiva, se dibuja un cuestionamiento de la estabilidad de aquello que hemos dado en llamar yo mismo. En este sentido escribe Roas:

[...] en el siglo xx la divisibilidad del yo ya no se discute, lo que afecta inevitablemente a su representación; pero al mismo tiempo las fisuras en el yo se multiplican y se convierten en una multitud de impulsos que ya no es posible conceptualizar en un solo otro: lo que habrá serán muchos otros [...]. Por eso el doble, [...] funciona muy bien en la narrativa posmoderna: por su carga de profundidad contra la integridad del individuo, y porque, en tanto que inconcebible, es un óptimo instrumento para hacer surgir dudas sobre lo que es (o consideramos) concebible. (Roas, 2011: 164,165)

El doble sería, entonces, una posibilidad de fuga, pero no hacia una esencia ocultada por el poder, sino hacia un nuevo sentido, un nuevo cuerpo,

7 «Me reconozco en ese otro que también soy, que es incompatible con mi identidad y que la disuelve, y en el cual me convierto ilimitadamente superando la eternidad que nos separa, porque yo ya he sido ese otro, porque ese otro es “otro” bloque móvil de eternidad como yo mismo, contenido aberrantemente en mi propio yo» (Pardo, 1990: 53-54).

una nueva «máquina deseante» (Deleuze y Guattari, 1972: 11-47). Porque la escritura –un determinado tipo de escritura, aquí la escritura de lo fantástico– puede crear un nuevo orden dentro del orden, fuga del deseo, enunciado capaz de sacar la lengua de los caminos trillados, de inventar nuevos significados para la subjetividad y nuevos reales dentro de la realidad. En el umbral entre los códigos sociohistóricos y los puramente textuales, el fantástico se ubica en el juego de apariencias, en el que las cosas se alejan de su sentido común para resistirse a la violencia de la interpretación.⁸ Nuestro análisis toma esta premisa, al considerar que el tema del doble es el síntoma de un sujeto que deviene alguna cosa que no es la identidad, sino una subjetividad que se desarraiga y reterritorializa. Subjetividad descentrada y multiplicada, el fantástico se convierte en una forma de curación, de «salud pequeña» (Deleuze, 1993: 14) ante la totalidad aplastante de una sociedad que impone la normativización.

Ahora bien, es común que los relatos sobre el doble terminen en destrucción, locura o muerte del personaje duplicado. Por ello, han sido interpretados como la plasmación de las consecuencias trágicas de la diseminación de la subjetividad (Nandorfy, 1991: 256), como un aviso que alerta de los peligros de la disociación y el cataclismo del deseo esquizofrénico una vez diseminado en la multiplicidad. La identidad no quiere la dispersión y prefiere una estabilidad neurótica a una salud esquizofrénica y caótica. Y puede bien ser que la aniquilación del sujeto que se ha transmutado en doble sea un síntoma del miedo ontológico del que vive tiranizado por su propia identidad, de las resistencias del sujeto autónomo a aceptar el intercambio y la liberación del deseo a través del otro. Porque, como avisa Deleuze, en el devenir-otro «no se deviene Hombre» (Deleuze, 1993: 11) sino otra forma de subjetividad. La identidad duplicada en el otro no puede ser jamás un garante de unidad, sino una posibilidad de deconstrucción en el devenir-otro y una forma de creación en la alteridad. Quizás la destrucción a la que se aboca tan a menudo el sujeto duplicado sea precisamente el síntoma del pánico que paraliza la subjetividad moderna, demasiado condicionada por las ordenanzas que lo obligan a regularse según unas estrictas leyes de lo identidad.

La lectura esquizoanalítica de lo fantástico propone un conocimiento del otro y del sujeto, no analítico como proponía el psicoanálisis freudiano, sino experimental, vivido en el ser mismo, en la consciencia que necesariamen-

8 Sobre la función de los códigos socioculturales en la constitución de lo fantástico y su evolución del siglo XIX al siglo XX remito al capítulo de Ana María Barrenechea (1985) «La literatura fantástica: función de los códigos socioculturales en la constitución de un género».

te sale cambiada de la experiencia de la alteridad. Del diván al nomadismo, la mutación en el otro es un proceso de desterritorialización de la identidad y de diseminación del ego. El hecho de que el desdoblamiento de la identidad no sea siempre una experiencia feliz demuestra hasta qué punto el sujeto está aferrado a su identidad. Pero sea cual sea el final (destrucción del personaje o intercambio logrado) seguimos variando sobre el tema de un sujeto que está atrapado en una serie de ordenanzas sociales y que es incapaz de comprender que el deseo no tiene equivalencia y que, como tal, está abocado a la nada, como todo aquello que es mercantilizable y solo tiene valor tal cual es.

En un mundo poblado de deseos simulados (aparatos de educación, cultura, escolarización, publicidad...) la voluntad y el deseo del sujeto ya no le pertenecen enteramente, su singularidad ha sido secuestrada por valores que le trascienden. En este orden de cosas, es perfectamente normal que la subjetividad busque la liberación en el desvío, en la irónica duplicación, en el enunciado fantástico: estrategias del deseo encarcelado que se esfuerza por liberarse. El problema es que la cultura en el capitalismo avanzado raras veces permite esa liberación, al revés, suele intentar llenar el vacío del sujeto con sus ordenanzas.⁹

El hombre, en cada una de sus creaciones o expresiones, expulsa algo de sí, algo que desde ese momento deja de pertenecerle y que figura como contingente en él. En ese espacio entre la creación de la obra y su expulsión del orden de lo subjetivo, el individuo parece haber hallado la forma de encontrar algo de sí mismo, un poco a la manera en la que dios podía ser conocido por medio de la razón en la teología negativa: no conociendo aquello que es, sino aquello que no es –no conociendo aquello que es humano, sino aquello que de impersonal tiene su humanidad. Esta es tal vez la meta del doble: una cruzada en busca de su copia es un intento de reconocer en el otro el marco que conforma su propia existencia.

Precisamente, este movimiento negativo de conocerse a uno mismo a través del otro lo podemos leer en la novela de Saramago *O homem duplicado* (2002), ejemplo de esta ocupación irónica y descreída del otro. El doble que propone Saramago es una de estas subjetividades trágicas que acaban en

9 «Vivimos todavía –hoy más que nunca por determinaciones de orden precisamente social–, y queremos verlo en las páginas que siguen, en el vértigo que origina, después de Hegel, esta ausencia. O, si se quiere, algunos viven en la ilusión de llenar constantemente esta ausencia con una presencia que, por su propia configuración simbólica, no equivale a nada más que al anuncio de una nueva ausencia. En este sentido, no son éstos utopistas, pues no han fijado un término ideal para su actividad tético-simbólica, sino que han jalonado la cultura moderna con enormes vacíos, con la pura diferencia respecto a la identidad del orden simbólico protagonizado por la “economía psicológica” o “economía simbólica” del capitalismo» (Llovet, 1978: 63).

muerte. Pero nuestra propuesta es que la fatalidad de los personajes del doble reside, no en su afán por devenir-otro como movimiento de expansión del deseo, sino en el momento en que este deseo de otredad sucumbe a la voluntad fagocitadora de una identidad encarcelada en sí misma. Esto último parece ser lo más natural, pues el movimiento de aniquilación se presenta como un camino más fácil que la emancipación esquizofrénica del inconsciente que en su día propusieron los autores de *Anti Edipo*. La liberación esquizofrénica es el proceso de un deseo que se libera solo, que se hace huérfano y decide vagar. Esta es sin duda una opción difícil, además de solitaria. Lo más normal es que el hombre, acostumbrado como está al sedentarismo de su deseo dirigido, opte por la libertad a cambio de tomar para sí la vida de otro.

Este es el caso de la novela de Saramago, que narra la historia de un solitario profesor de historia que un día encuentra a un hombre absolutamente igual a sí. La espiral de destrucción desencadenada tras este descubrimiento es el perfecto ejemplo de las resistencias del sujeto ante el tambaleo de su unidad. La trama es sencilla y la resumiremos brevemente: el profesor de historia conoce a su doble, se encuentran y acuerdan cambiar de identidad por un día. El día en el que intercambian sus vidas su doble muere y la identidad del profesor es enterrada con él. Sin otra opción, el profesor asume la vida del doble muerto –mujer, hijos, trabajo– hasta el día en que recibe una llamada de un nuevo doble, otra réplica suya. El relato termina con el profesor cogiendo un arma, decidido a matar este o cualquier otro nuevo doble suyo.

El personaje que dibuja Saramago podría ser otro de tantos hombres de la posmodernidad: un profesor descontento, que arrastra un caso amoroso mal resuelto, que se ha escapado de la provincia para alejarse de su madre, que vive solo y en una depresión latente, pero controlada. En fin, es un hombre irremediablemente abocado al vacío y al sinsentido, pero profundamente aferrado a su identidad. La lectura de *O homem duplicado* suscita en nosotros una pregunta: ¿puede intercambiarse la experiencia? Y casi de inmediato una respuesta: los cuerpos pueden ser duplicados, pero la subjetividad es personal e intransmisible y todo intento de intercambiarla solo generará muerte.

Como ya habían advertido Deleuze y Guattari, la subjetividad, aunque esté hoy secuestrada y anonadada por los mecanismos de represión, es siempre el lugar de un deseo individual e intransferible. Por ello, todo intento de intercambiarla solo generará muerte, pues la única forma de salir de la cárcel de la razón represora es el devenir-otro flujo del deseo y del desapego al sí mismo. La duplicación (y reduplicación, posiblemente hasta el infinito) del profesor de historia encierra en sí los dos caminos de la materia: el intento de

por medio de ella crear deseo y la tentación de privarla de él, reduplicándola. Este es el mecanismo de la neurosis psicoanalítica por excelencia: la reproducción hasta el infinito de unos esquemas de pretensión universal (Edipo, castración, represión) que no son más que cárceles en las que el deseo potencialmente revolucionario sigue dando vueltas, atrapado. Clausurar al sujeto en las piruetas vacías de la singularidad: este es el mecanismo por excelencia del poder. Muy al contrario, el verdadero devenir-otro es la transmutación del deseo hacia la alteridad y su expansión potenciada hacia el infinito, solo así es posible salir de la psicología individual en la que el sujeto está hoy encarcelado. Toda variación sobre esto será siempre y solo el cinismo de la identidad que sigue haciendo del otro el soporte de su tiranía.

Lo que el hombre duplicado de Saramago no supo, o no pudo, ver es que se ha adentrado en una encrucijada seductora pero fatal, pues si el otro con el que se depara intenta devenir su copia perfecta, su reproducción fiel e intercambiable, ello solo puede resultar en la consciencia de que su ser efectivo, su realidad íntima, no se multiplica, sino que se disuelve en la réplica. La incapacidad del personaje de Saramago de desear verdaderamente, haciendo del otro la posibilidad de una nueva subjetividad, lo conduce inevitablemente a la destrucción: a la suya, en la disolución de su sí mismo original; y a la de sus dobles, que amenazan, solo con existir, su ambicionada unidad.

El hombre de Saramago está, pues, irremediablemente abocado a la destrucción. Pero, no todos los movimientos hacia la otredad, no todos los dobles, deben acabar necesariamente en destrucción.

Los relatos que acaban con la destrucción del sujeto han sido concebidos desde una visión del sujeto como una entidad necesariamente unificada. Pero caben otras posibilidades. En «Axolotl», por ejemplo, la consciencia logra trascender los confines de la forma y asume con éxito el punto de vista del otro. A lo largo del relato existe un sentimiento de frustración y derrota a causa de la imposibilidad de comunicación, dado que la voz narrativa únicamente puede experimentar y hablar desde un solo lugar en cada momento dado, pero al final ningún sujeto resulta destruido por la experiencia. (Nandorfy, 1991: 256)

Efectivamente, en «Axolotl» encontramos una forma de devenir-otro profundamente deleuziana. La transmutación de la consciencia del protagonista en el animal dentro del acuario se hace a través del mecanismo de una «máquina deseante» (Deleuze y Guattari, 1972): flujo de deseo acoplado en el otro que se conecta y alimenta parcialmente de él. Aquí no hay dobles ni simulacros: el hombre que miraba el acuario sigue mirando, pero cada vez menos,

pues su deseo de axolotl ya fue realizado, ya se ha depositado en el otro. «Se me ocurre que al principio continuamos comunicados, que él se sentía más que nunca unido al misterio que lo obsesionaba. Pero los puentes están cortados entre el otro y el yo porque lo que era su obsesión es ahora un axolotl» (Cortázar, 1976: 18). Esta bien podría ser la descripción de las máquinas deseantes que proponen Deleuze y Guattari: forma delirante de desear, en la cual el deseo es una autonomía que se cruza, corta y se acopla a otras máquinas deseantes, formando un mecanismo improductivo e irremisible al orden y al utilitarismo.

El protagonista de «Axolotl» es incapaz de sintetizarse, su deseo es un proceso, un devenir que nunca acaba. Es inútil buscar a un sujeto en el texto, el proceso esquizofrénico se ha apoderado de la subjetividad que ahora es solo el juego simbólico de un narrador que busca en el recuerdo el juego infinito de la autorreferencialidad. «Y en esta soledad final, en la que él ya no vuelve, me consuela pensar que acaso va a escribir sobre nosotros, creyendo imaginar un cuento va a escribir todo esto sobre los axolotl» (Cortázar, 1979: 18). En estos destinos compartidos, consciencias fragmentadas en el deseo, se encuentra una nueva forma de libertad, más sutil y menos empecinada en la individualidad, y con ella una nueva forma de entender el texto.

Sin duda, lo fantástico no es una producción textual que favorezca la identidad, sino que parece trabajar precisamente en el sentido contrario, en instalar en el texto la posibilidad de que el sujeto rompa con el sentido y la significación impuestos. Los personajes de Saramago y Cortázar son subjetividades solitarias, sin vínculos, desarraigadas. Además, solo viven el deseo como ausencia, deseo platónico e idealista de la falta, buscan no saben qué, porque no buscan en la materia sino en un ideal de identidad. En este vacío desordenado, la búsqueda del deseo fuera de la identidad parece ser la única salida para un sujeto perdido, que se desplaza por el orden de lo real incapaz de entender sus significaciones. En este caos subjetivo, la alteridad parece erigirse como la posibilidad de fuga para esta subjetividad enajenada consigo misma. Sin embargo, cuando la fuga se da parcialmente, cuando el sujeto busca en el otro, no la descarga de su deseo, sino la forma de sedimentar aún más su propia identidad, de tiranizar al otro imponiéndose, los resultados del cambio pueden ser terribles.

Otro cuento de Cortázar, «Lejana», podría servir de correlato a este desorden de la voluntad del sujeto moderno, a este empecinamiento de la subjetividad unificada y resistente a ceder ante el otro. La protagonista Alina Reyes presiente una otra que desea. Alina Reyes es capaz de reconocerse en la escritura, sabe que se aburre, sabe que no ama, sabe que es incapaz de la ex-

perencia estética. Alina Reyes es un nombre (el hombre de «Axolotl» quizás haya olvidado el suyo) y es también la firma en el diario. Alina Reyes (Reina) va desde su singularidad hasta el vacío, su vida es expropiada, está en el caos performativo y por eso el contacto con la alteridad hace trizas su identidad. Alina Reyes se aburre y no desea nada, nada más que fagocitar una alteridad, y al final lo consigue; o lo consigue la otra, que quizás sea igual que ella.

«Lejana» es la historia de una joven burguesa aferrada a su identidad. Así lo demuestra su diario -escritura del yo por excelencia- en el que predominan los juegos con su nombre. Es la lectura de ese diario lo que nos permite comprender que Alina Reyes es un sujeto aburrido de su propia existencia, incapaz de desear. Quizás debido a este tedio burgués en el que está apresada, empieza a obsesionarse con la idea de que en Hungría existe una mujer idéntica a ella, un doble, un otro con el que está conectada hasta tal punto que siente lo mismo que ella: padece sus dolores, siente su mismo frío, es víctima de las mismas palizas y las mismas enfermedades. Con el tiempo, se da cuenta de que, en esa alteridad, hay una existencia que es parte de la suya, es más, esa existencia va ocupando todo el espacio de la vida de Alina Reyes, que se obsiona con la idea de ir a su encuentro. Cuando finalmente consigue viajar a Budapest y encontrarse con su doble, lo primero que siente es una sensación de victoria, por fin había conseguido aquello que su subjetividad empecinada había determinado: «repentinamente tan cansada, pero segura de su victoria, sin celebrarlo pero tan suyo» (Cortázar, 1976: 34). A continuación, se produce el momento fantástico del cuento: la desindividuación mediante la cual las dos mujeres parecen formar parte de una misma subjetividad indiscernible, hasta el punto que, fundidas en un abrazo, Alina Reyes es incapaz de saber cuál de las dos está llorando: «le pareció que dulcemente una de las dos lloraba debía ser ella porque sintió mojadas las mejillas». Pero a continuación leemos: «y el pómulo mismo doliéndole como si tuviera allí un golpe» (Cortázar, 1976: 34). Se ha producido un desplazamiento de la subjetividad que ha devenido-otro, que se ha traspasado a un otro cuerpo, abandonando el suyo, buscando algo que sea capaz de llenar por completo el vacío de su existencia. Sin embargo, ese devenir-otro es una experiencia dolorosa: Alina Reyes se convierte en la mendiga. Su soledad seguirá ocupando todo el espacio de su subjetividad, pero ahora en una vida miserable, donde el frío y los golpes son reales.

Lo inesperado de «Lejana», y aquello que hace del cuento una cruda fábula de la condición de la subjetividad, es precisamente la demostración de este lugar al que fue arrojado el deseo: un lugar en el que cada movimiento no es un devenir y un movimiento de la libido, sino la acción que debe ser pro-

ductiva de por sí e independiente del acto siguiente. El sujeto de nuestro tiempo se ha entregado, sin oponer resistencia alguna, a la absoluta desconexión entre cada uno de sus movimientos, a la aceptación que todo intercambio se hace en la nada, y que eso es lo que recibirá. Tras el momento del abrazo, que debería ser el canal del deseo y del devenir, lo que sobreviene es el dolor: «Ahora sí gritó. De frío, porque la nieve le estaba entrando por los zapatos rotos» (Cortázar, 1979: 34). El intercambio resulta nefasto. El cuento muestra como ningún dispositivo identitario puede generar conocimiento del otro, y que mientras el sujeto se empecine en su unidad solo recibirá del otro el intercambio de sus características negativas.

El Bien –noción carísima a Occidente– no existe, Alina Reyes no puede llevar cobertores a Budapest para apaciguar su vacío. Lo que existe es solo un vacío irremediable que habrá que llenar de alguna manera. Quizás una forma de llenar ese vacío sea el delirio del deseo que proponen Deleuze y Guattari, pero su propuesta pide un deseo insobornable, deseo del otro en la fragmentación de una identidad múltiple. En cambio, Alina Reyes es el espejo de la subjetividad posmoderna, falsamente dispersa y fragmentada, que se alimenta del otro mientras hace engordar cada día los sedimentos de su identidad.

En el juego de apariencias al que el sujeto moderno fue arrojado, las cosas se apartan cada vez más de su sentido, a la vez que se resisten a ser interpretadas. Los aparatos del orden social son sin duda el garante de este desorden subjetivo, pues mantienen la subjetividad encerrada en un medio en el que las relaciones y los conflictos sociales están apaciguados por su conformismo alienante. Al objeto le es ahora imposible descifrarlo y del sujeto solo se sabe lo que a la máquina de estado le interesa. Es justamente por eso que el pensamiento no puede ser reducido a la consciencia del sujeto, pero puede delirar a través de los textos y ahí buscar un lugar para desear libremente.

El fin o el objeto de la práctica es el placer. Ahora bien, la práctica, en este sentido, nos recomienda solamente todos los medios de suprimir y de evitar el dolor. Pero nuestros placeres tienen obstáculos más fuertes que los propios dolores: los fantasmas, las supersticiones, los terrores, el miedo de morir, todo lo que forma la inquietud del alma. El cuadro de la humanidad es un cuadro de la humanidad inquieta, aterrorizada más aún que dolorida (...). Es la inquietud del alma lo que multiplica el dolor. (Deleuze, 1969: 273)

Como liberación de esta inquietud, lo fantástico surge como propuesta motora de un inconsciente imaginativo y no representativo, creativo y sin normas, nómada. El problema del mundo es que el sujeto es incapaz de vivir

en él sin un sentido. Si el sujeto pudiera despreocuparse del sentido, entonces podría jugar con los significados libremente. Pero, puesto que el sujeto está inmerso en la consciencia, perdido en un mundo de ideales, necesita liberarse ni que sea de ese sentido impuesto en la forma de un súper-yo dócil y domesticado. Quizás las tinieblas que auguran lo fantástico sean mucho más que eso, sean una forma de liberar el enunciado, la palabra que siempre es, en algún sentido, un acto performativo. Quizás el delirio del texto no sea solo una pantalla impresa, sino el lugar donde el sujeto puede ser, finalmente, el actuante de su propia existencia.

BIBLIOGRAFÍA

- ALAZRAKI, Jaime (1990): «¿Qué es lo neofantástico?», en David Roas (comp.), *Teorías de lo fantástico*, Arco Libros, Madrid, pp. 265-282.
- BARRENECHEA, Ana María (1985): *El espacio crítico en el discurso literario*, Kapelusk, Buenos Aires.
- BESSIÈRE, Irène (1974): «El relato fantástico: forma mixta de caso y adivinanza», en David Roas (comp.), *Teorías de lo fantástico*, Arco Libros, Madrid, pp. 83-107.
- CORTÁZAR, Julio (1976): *Los relatos*, Alianza Editorial, Madrid.
- DELEUZE, Gilles (1969): *Lógica del sentido*, Planeta-De Agostini, Barcelona, 1994.
- (1993): *Crítica y Clínica*, Anagrama, Barcelona, 1997.
- DELEUZE, Gilles y Félix GUATTARI (1972): *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Editorial Paidós, Barcelona, 1985.
- GUATTARI, Félix (1973): «Micropolítica del deseo», en Armando Verdiglione (ed.) *Locura y sociedad segregativa*, Oscar Masotta [trad.], Anagrama, Barcelona.
- JACKSON, Rosie (1981): «Lo “oculto” de la cultura», en David Roas (comp.), *Teorías de lo fantástico*, Arco Libros, Madrid, pp. 141-152.
- LLOVET, Jordi (1978): *Por una estética egoísta (Esquizosemia)*, Anagrama, Barcelona.
- MONLEÓN, José B. (1990): *A Specter is Haunting Europe. A Sociohistorical Approach to the Fantastic*, Princeton University Press, Oxford.
- <<http://dx.doi.org/10.1515/9781400861347>> <http://search.crossref.org/?q=A+Specter+is+Haunting+Europe.+A+Sociohistorical+Approach>
- NANDORFY, Martha J. (1991): «La literatura fantástica y la representación de la realidad», en David Roas (comp.), *Teorías de lo fantástico*, Arco Libros, Madrid, pp. 243-264.
- PARDO, José Luis (1990): *Deleuze: violentar el pensamiento*, Editorial Cincel, Madrid.
- ROAS, David (2001): «La amenaza de lo fantástico», en David Roas (comp.), *Teorías de lo fantástico*, Arco Libros, Madrid, pp. 7-46.
- (2011): *Tras los límites de lo real. Una definición de lo fantástico*, Páginas de Espuma, Madrid.

- SARAMAGO, José (2002): *O homem duplicado*, Companhia das Letras, São Paulo.
- SERRA, Edelweis (1978): *Tipología del cuento literario*, Cupsa Editorial, Madrid.
- TODOROV, Tzvetan (1970): *Introducción a la literatura fantástica*, Editorial Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1972.

